MI CERVANTES. — RECUERDOS Y CONFESIONES

Existen, para mí, dos linajes de autores clásicos: los que amamos y los que meramente admiramos por justiciero espíritu crítico. Entre los que yo amo, suelo colocar siempre en el primer lugar a Miguel de Cervantes, que comencé a leer desde niño y he seguido releyendo, con más gusto que nunca, hasta llegar a octogenario. Acaso en mi solitaria vejez de provinciano sea cuando mejor me ha parecido comprenderle. Quien de él me habló antes que nadie, con fervoroso cariño, fué un catalán, pariente mío, el gran cervantista Leopoldo Rius de Llosellas, autor de la ingente *Bibliografía Crítica de las obras de Cervantes*, que todos los eruditos conocen, y que a su patriótica empresa dedicó, sin justa recompensa, vida y fortuna, como se le ha reconocido con elogio, aún cosa de medio siglo después de muerto (en 1898). [1] Pero estaba de Dios que entre cervantistas barceloneses me educara yo, y el más querido de mis maestros fué el Director del Instituto de Segunda Enseñanza y catedrático de Literatura, Rdo. P. don Clemente Cortejón, nacido, como yo mismo, fuera de Cataluña, aunque en ella

---

[1] *Bibliografía Crítica de las obras de Miguel de Cervantes Saavedra, por D. Leopoldo Rius.* Impresa en Barcelona por Fidel Giró, 1895-1899, y por Oliva, de Villanueva y Geltrú, en 1905 el último volumen. Consta la obra de tres grandes tomos, y el tercero es de publicación póstuma a cargo de los señores Bonsoms, Canibell y creo que algún otro.

A semejanza de su *Bibliografía* cervántica tenía en proyecto otra referente a Calderón, para la cual había empezado a recoger papeletas que, desgraciadamente, fueron a parar a manos extranjeras. Nada más he podido saber de esas cédulas, que la muerte le impidió aumentar todo lo necesario. Quedó en embrión el proyecto.

establecido ya hasta la muerte, que no le dejó ver acabada por su mano la *Primera Edición Crítica del Quijote*, fruto de sus constantes afanes. [2] Ya ha visto el lector por la nota que va al pie de esta página que quienes dieron remate a la obra fueron Givanel y Suñé. Ambos habían sido constantemente ayudantes del autor; pero Givanel, de quien volveré a hablar más adelante, era infinitamente superior al segundo en talento y en cultura, aunque este último fuera de una laboriosidad y una fe cervántica ilimitadas.

En aquella casa de mi bondadoso maestro, que me fué generosamente abierta, para mejor fomentar con lecturas y consejos mis innatas aficiones literarias, conocí a hombres tan sabios e ilustres como Luanco e Hinojosa, como don Luis de Mayora, modelo de caballeros cultos, y otros varios que me hablaban continuamente, con admiración y cariño entrañable, del portentoso joven Marcelino Menéndez y Pelayo, cuyo espíritu parecía presidir siempre nuestras reuniones. Para Luanco era como un hijo; para el P. Cortejón, algo como el juez supremo en cuestiones estéticas y el amigo a quien no sólo se quiere, sino que se venera como a un ídolo. También lo fué para mí pocos años más tarde, allá por los de 1885 y 1886, cuando, en Madrid, a pesar de mi escasa edad y abundante ignorancia, llena de deseos de combatirla, dispensóme el alto honor de tratarme con benévolo afecto, nunca bastantemente agradecido, aunque de él me enorgulleciera yo como de un triunfo literario, al decirme escritores como Teodoro Llorente y *Clarín:* «Don Marcelino le quiere a usted mucho: me ha hablado muy bien de usted.» Junto al gran maestro, y por sugestión de Luanco y Cortejón, viví en aquel «Hotel de las Cuatro Naciones», de la calle del Arenal, en que se albergaba, y frente a mí comía en la mesa redonda, empuñando siempre un libro que devoraba con afán, sin conceder atención al frugal almuerzo que balanceándose nos servía un pernituerto cama-

[2] Seis gruesos vols. en 4.º, impresos desde 1905 hasta 1913. Editor: Victoriano Suárez, Madrid. El tomo V, de 1911, fué el último que pudo terminar el Dr. Cortejón, que falleció aquel mismo año. Del VI se encargó, por expreso deseo suyo, don Juan Givanel, a quien ayudó el amigo de ambos don Juan Suñé, y así se hace constar en el libro desde la portada.

rero italiano, muy apropiadamente apellidado Gamba, que alguno de nosotros comparaba a un vivo y ambulante paréntesis. Pronto terminaba la colación, que bien poco tenía que ver con el refinado arte de Brillat-Savarin, y levantándose el silencioso comensal rápidamente, como solía él hacerlo todo, porque ignoraba lo que era perder el tiempo, [3] echábase sobre los hombros la capa, de vueltas granate en el embozo, dejada a su espalda en la percha, encasquetábase el hongo, y salía a la calle con su libro bajo el brazo, tal vez en busca de otros que aumentaran la dulce, la interesante carga. Paréceme estar viéndole aún, y bien hubiera querido yo poder imitarle en todo, aun en su completa y respetada abstracción del frívolo ambiente que le rodeaba.

Pero perdóneseme la digresión, acaso inoportuna, y volvamos al barcelonés cuarto de trabajo del P. Cortejón, para evocarle allegando cédulas con destino a su gran edición crítica del *Quijote*, en la que tanto hay que aprender siempre, aunque la corriente vaya hoy por otros cauces menos retóricos, y no le hayan faltado, como de costumbre, censores entre los del oficio y rivales, que unas veces tendrán razón en sus objeciones y otras no, porque la crítica y la investigación no son infalibles y es más difícil abrir caminos nuevos que acudir a repararlos.

El brazo derecho de Cortejón en la engorrosa y monótona tarea, era Juan Givanel, a pesar de ser muy joven entonces, mas siempre activo, agudo, inteligente y polemista. A él deseo dedicar aquí unos renglones que tienen triste actualidad, pues acaba de descender al sepulcro a fines del pasado año, cumplidos ya los setenta y tantos. Creo poder decir, sin lisonja, que, después de la muerte del maestro Rodríguez Marín, con el cual había discutido bastante, sin perjuicio de la amistad entre ambos, era el primero de los grandes cervantistas que nos quedaban en toda España. Fué para mí un sincerísimo amigo, y mi colega en la Real Academia de Buenas Letras, de Barcelona, de la cual era Teso-

[3] En cambio, lo tenía para asistir, con los más ilustres escritores de la corte, a alguna aristocrática reunión en que se rendía culto a la literatura, o para leerse, como me dijo, catorce veces seguidas el *Quijote*, lo que para él sería como aprendérselo de memoria o poco menos.

rero en la actualidad, y antes Secretario hasta que dimitió el cargo. Honráronle también con el nombramiento de correspondiente la Real Academia Española, la *Hispanic Society*, de Nueva York, y otras doctas Corporaciones nacionales o extranjeras. Tan ligado estuvo a la historia del cervantismo barcelonés que hablar de uno es necesariamente hablar del otro. La gran colección cervantesca que había reunido Rius fué adquirida por don Isidro Bonsoms, y sumándose a la que él poseía y fué aumentando, llegó a ser algo de incomparable valor: «la más rica y numerosa colección de obras de Cervantes que hay en el mundo», decíale entusiásticamente en la dedicatoria de su *Bibliografía* Rius, en 1895, y lo mismo afirmaba Foulché-Delbosc. De ella tuvo, un feliz día, el patriótico rasgo de hacer donación, en beneficio del público, el meritísimo y acaudalado señor Bonsoms, y fué a ocupar una importante sección de la «Biblioteca Central» de la Diputación barcelonesa, encargando especialmente de su custodia y acrecentamiento, de por vida, a Givanel, convertido así en empleado técnico de dicha Biblioteca. Acerca del modo como desempeñó el cargo, unánimes han sido los elogios. Resultaba lo que los ingleses llaman *the right man in the right place*, o sea: el hombre idóneo ocupando el lugar que le corresponde. De la colección a él confiada, no poseo yo ahora datos suficientes, ni la autoridad necesaria, para compararla con las otras famosas que en la actualidad existen en la «Biblioteca Nacional», de Madrid, en la de París, en la del *British Museum*, de Londres; en la de la *Hispanic Society*, de Nueva York: no he de decir, pues, por mi cuenta, si es superior o inferior a ellas, fallo que es siempre difícil; pero sí puedo afirmar, más modestamente, que muchos de los extranjeros que la han visitado le conceden la primacía, considerándola, desde luego, como honra no sólo de Cataluña, sino de toda España.

Del saber de Givanel, tocante a su especialidad, son prueba la continuación de la *Edición Crítica del Quijote* por el P. Cortejón; las repetidas consultas que se le hacían; sus conferencias y diversos trabajos sueltos, entre los que figuran, desde hace algunos años, los que bajo el espléndido

e inteligente patronazgo de don Juan Sedó Peris-Mencheta han sido publicados con no interrumpida constancia. De ellos recuerdo el folleto, impreso en 1941, *De los primeros consejos que dió Don Quijote a Sancho antes de que fuese a gobernar la Insula*, el cual nos ofrece un conciso prólogo de Givanel impregnado de estudio, y las versiones de dichos consejos en alemán, alsaciano, catalán, danés, francés, griego, holandés, inglés, islándico, italiano, latín, noruego, portugués y provenzal, ésta última debida al gran poeta Federico Mistral; un segundo folleto con las versiones en sueco, tagalo, valenciano, vasco-castellano, vasco-francés, visayo, annamita, árabe, chino, indostánico, malayo, tártaro; otro folleto con *El Entremés de las sentencias del Gobernador Sancho Panza* y el *Sainete nuevo Las caperuzas de Sancho; La fuerza de la sangre*, la novela ejemplar de Cervantes en edición anotada por Givanel; *Clemencín (La Biblioteca de Libros de Caballerías); Una nota para un nuevo comentario al Don Quijote; La Gitanilla*, texto original y la traducción italiana de Barezzi. Aun dejo de citar otros de esos interesantes folletos, y creo que uno ha quedado inédito y será dado a la estampa. [4]

Todo esto nos lleva como de la mano a hablar del mismo Mecenas de tales publicaciones, el más moderno e importante de los cervantistas catalanes que yo conozco, lo que no excluye que pueda haber otros dignos de mención. La Biblioteca Cervantina de don Juan Sedó consta actualmente, según mis noticias, de mil trescientas treinta ediciones del *Quijote;* de quinientas veinte y tres de las demás obras de Cervantes; de cuatrocientas siete de imitaciones, continuaciones y obras teatrales de asuntos inspirados en la lectura de sus creaciones; de mil cuatrocientos treinta y nueve estudios, conferencias, biografías, etc. a él referentes; de doscientos treinta y uno catálogos, bibliografías, conmemoraciones, festejos, revistas, etc.; y lo que, para mí, es curiosísimo y difícil de reunir: trescientas ochenta ediciones de *Libros de Caballerías*, principalmente de los cita-

[4] Ninguno está destinado a ser vendido en las librerías. Son meramente obsequio de su generoso editor a los que él cree que pueden interesar.

dos en el *Quijote*. Lo que más me admira es que esta sección sea «la de más reciente creación» de toda esta biblioteca. Inútil es decir que hay en el total conjunto de ella verdaderos tesoros. Bibliotecas enteras de afamados coleccionistas han sido adquiridas para enriquecer la de don Juan Sedó, y es tal su empuje, que parece siempre juvenil, la inteligencia y medios por él empleados, que no dudo que su colección llegue a ser otra maravilla que habrán de envidiarnos no pocos países extranjeros. La solá impresión de antiguas encuadernaciones artísticas; de portadas, algunas modernas muy hermosas; de ilustraciones de toda clase menos la vulgar, que nos ha dado a conocer en un libro en que describe su biblioteca, son encanto de los ojos para cualquier bibliófilo. Excusado es decir lo que resulta de la contemplación de la biblioteca misma.

La última publicación del señor Sedó es un interesante *Ensayo de bibliografía de miscelánea cervantina* referente a comedias, historietas, novelas, poemas, zarzuelas, etc., inspirado todo en Cervantes o en sus obras, ímprobo trabajo que ha sido desde tiempo ha el sueño del autor, como lo fué de Givanel, y que, por abarcar siglos y muy diversos idiomas, es casi seguro que no puedan llegar humanas fuerzas a dejarlo completo desde los orígenes hasta una fecha fija. Por esto concrétase modestamente el señor Sedó a darle el título de *Ensayo*, y él constituye, en elegante volumen de edición restringida a quinientos ejemplares *que no se pondrán a la venta*, el homenaje del autor a Cervantes en el cuarto centenario del nacimiento del creador de *Don Quijote*. [5] No cabe más que felicitarle por su labor de eruditísimo benedictino, y por poder prestar semejantes tributos de prócer bibliófilo al ídolo que todos admiramos. Con él están siempre en deuda Cataluña, y de modo especial Barcelona, por los conocidísimos elogios con que se dignó distinguirlas. Por lo poco que digo en estos meros recuerdos y confesiones, podrá ver el benévolo lector que

[5] Lo cual quiere decir que el libro convertiráse en una rareza bibliográfica que muchos han de buscar por su riqueza de datos, como otras publicaciones de don Juan Sedó.

ni una ni otra se han mostrado ingratas con su panegirista.

Pero no me imagino yo a éste sólo y señero en la patriótica alabanza hija del conocimiento. De dos hombres, nacidos en Castilla, sé, que aun involuntariamente, evoco juntos: uno es el genio creador: Cervantes. El otro es el genio crítico: Menéndez Pelayo. Cuantos comprendan a Cataluña como la comprendieron ellos, cuantos tengan el amplio concepto de España que ellos tuvieron, serán los verdaderos sostenes de la paz, la prosperidad y grandeza nacionales. ¡Y qué mejor gloria que dejar, tras la muerte, un imperecedero monumento del que pueda decirse con orgullo: esa gigantesca mole que admiráis fué construída, como tantas otras de fama universal, por un buen español!

Tal es el caso del libro de aventuras de Don Quijote y Sancho Panza, presentado sencillamente por Cervantes, con la sonrisa en los labios, como regocijada sátira contra los libros de caballerías. No, no fué sólo eso lo que nos daba, sino el más profundo código, fruto de su experiencia, de lo que es y lo que debe ser el alma española, ni toda ella inclinada al espíritu del fantasioso caballero andante, ni entregada toda al materialista sentido práctico del rústico escudero; pero en aquel hombre que vivió ridículamente loco y murió sabiamente cuerdo, hay una parte de nosotros mismos, aquella en que domina la con justicia llamada *la loca de la casa*, que ve gigantes en los meros molinos de viento; como en Sancho está encarnada la prosaica realidad, que enfurece a los que no ven en él más que pura miopía intelectual o cobardía. Como de costumbre, en la fusión de ambos extremos viven latentes la verdad y aun nuestro porvenir y el del mundo entero, hoy más que nunca; porque Sancho, el pobre labrador, el ignorante, pero nunca necio, tiene muchísimas más veces razón que su desatentadamente emprendedor amo, enderezador de entuertos, que así se quedarán, y amante de una imposible Dulcinea que más tiene que ver con la fealdad que con la belleza. En una palabra: el *Quijote* es la eterna lucha entre el sentido común y la utopía, y por eso es también eterno, hondamente humano, como ambos. Mi Cervantes de hoy es éste y no otro,

no el de mis mocedades, cuando aquel viejo, tan rico en desdichas, pero de alma joven, me ofrecía sonriente, para mi delicia, la más alegre y estupenda caricatura que vieron los siglos. La caricatura se me ha ido convirtiendo, como por arte de encantamiento, en el mejor Breviario laico para alivio y enseñanza de humildes caminantes que tienen puesta su fe en Dios. Hay libros inmortales cuyo fondo resulta más profundo aún de lo que aparentemente se proponía o, por falsa modestia, dijo proponerse, quien los escribió.

RAMÓN D. PERÉS,
Correspondiente de la Real Academia Española en Barcelona.